

a discurrir los españoles, discurriendo harán que se conmuevan las estructuras más reacias y barrerán a las que ya están putrefactas.»

«Enseñar a discurrir», he ahí el objetivo fundamental de la educación, la manera de formar ciudadanos. Por ello se explican sus primeras decepciones ante el estado de cosas que seguiría a la vuelta a la democracia, tal como me las expresaba en una carta escrita en Almendral en diciembre de 1978: «Mis quejas, acaso, provienen de observar que el cambio de régimen no ha traído consigo muchas felices realizaciones. Esto me tiene (como a muchos) decaído y desilusionado, y a veces con alguna rabia. ¿Cuándo comenzaremos a discurrir? Cierto que nadie nos lo ha enseñado».

«Enseñar a discurrir», insisto en ello, era el objetivo fundamental que debía perseguir quien se dedicaba a la docencia y, en la medida en que ninguno de nosotros estaba desligado de ella, todo nuestro trabajo intelectual, comenzando por la investigación, debía valorarse en función de este criterio. ¿Cómo no entender, desde este supuesto, la necesidad de que la historia que investigábamos o enseñábamos se ocupase ante todo de los hombres? «De todos los hombres del mundo, en cuanto se unen entre sí en sociedad, y trabajan, y luchan, y se mejoran a sí mismos» —déjenme hacer esta cita de la carta que un hombre que murió hace cincuenta años escribía, moribundo ya, a un hijo lejano.

A discurrir se había de aprender, sobre todo, por la lección y el ejemplo de los maestros, porque no era sólo cosa de ciencia, que se puede aprender en los libros, sino de conciencia, que sólo se adquiere con el contacto humano. Cuando hablábamos de un posible premio que se malogró, él pensaba sobre todo que debía servir para «poner a los jóvenes cerca de maestros, y proporcionarles medios y orientación».

Su fe en los maestros, en la calidad humana por encima de la cantidad de conocimientos, me la expresaba en una de las más hermosas entre todas las cartas tuyas que conservo, y que aparece firmada como «Regino». Respondía en ella a un momento mío de desesperanza, en junio de 1974, cuando llevaba apenas medio año de ejercer como catedrático numerario y estaba pensando en abandonar la universidad, y pretendía justificarme diciéndole que a la gente que le necesitaba a uno se podía llegar también desde fuera de ella. Leeré sus palabras, que me parecen iluminar plenamente el concepto que tenía de la función del educador: «¿Abandonar la universidad? No creo que sea la mejor solución, pese a todos los pesares. No tendrá usted (ya lo comprendo) ilusión bastante para creerse correspondido. Sí tiene, no lo dudo, la certidumbre de que no podrá usted convertirse en uno de tantos catedráticos exentos de vocación, y mientras usted la mantenga, sufrirá más privándose de ejercitarla. Cierto que a quienes quieren aprender se llega sin estar en la cátedra; pero mucho más estando en ella y teniendo en torno a quienes, indefensos y abandonados, buscan maestros. A ellos, pocos o muchos, aunque fuera uno solo, se lo debemos todo. La universidad, o lo que sea esta ficción (entre nosotros) se irá pudriendo en nuestro oscuro medio ambiente, ¡y ojalá que sea pronto! Pero los que tenemos idea del sentido tradicional de esa palabra no podemos desertar. Así lo pienso, y así me lo enseñaron mis maestros, que ninguna fe tenían en nuestra universidad, cuando no había llegado a la degradación y envilecimiento de la que hoy tenemos. Claro está que no me reconozco autoridad para aconsejar; me limito a confesarme».

Esa forma de concebir la historia que he denominado «historia económica», que arranca del estudio de algo tan fundamental como son los problemas del trabajo, el alimento y la subsistencia, pero que en modo alguno acepta quedarse en este nivel —como lo hacen quienes cultivan la «historia de la economía»—, sino que, por el contrario, aspira a construir, a partir de estos cimientos, una imagen global del hombre que nos permita abarcarlo por entero, incluyendo sus proyectos y sus sueños; esa historia que tiene al hombre como objeto central, porque se propone ayudarle a comprenderse a sí mismo, enseñarle a discurrir, no está hoy de moda entre nosotros. En nuestras universidades domina, por el contrario, una ciencia deshumanizada que se ocupa mucho de las cosas y poco de quienes las hacen, y que desdeña por completo la función didáctica de formar para contentarse con la de instruir. No crean, sin embargo, que esa otra concepción de la que les estoy hablando sea algo tan raro, sobre todo fuera de la Universidad. Puedo asegurarles que somos muchos los que compartimos la forma de entender nuestra disciplina que propugnaba don Ramón Carande. Yo los he encontrado, sobre todo, entre los jóvenes docentes que trabajan en los institutos y en las escuelas. Y tal vez no sea esto tan raro.

He comenzado planteando esta charla en un plano muy formal y académico, hablando de Capmany como el primero que llevó a cabo una gran investigación de «historia económica». Me he referido después, muy por encima, a otros hombres que han sido mis maestros, como Vicens Vives y Pierre Vilar. Fue, en realidad, de ellos de quienes recibí las primeras lecciones de esta disciplina. Del primero, de Vicens, aprendí que el historiador tiene una responsabilidad cívica y que en esto consiste, a la vez, el riesgo y el privilegio de su oficio; del segundo, de Vilar, que no basta la ciencia, pero tampoco la pasión, o, para decirlo con sus propias palabras, que «no es una ciencia fría lo que queremos, pero es una ciencia». Les he hablado después, y sobre todo, del tercero de los maestros de quienes aprendí esas reglas esenciales que no se enseñan en los libros: de don Ramón Carande, que me enseñó a comprender que lo fundamental era entender que había que usar este saber para enseñar a los demás a discurrir: a pensar por su cuenta. Al hacerlo, he tenido que pasar del plano de la ciencia al de la conciencia, del mundo cerrado de la investigación al campo abierto de la enseñanza. Y me he acercado, con ello, a ese trabajo cotidiano de la formación y la docencia que es el aspecto más importante de nuestro oficio o que, por lo menos, debería serlo. Del oficio de todos los que enseñamos, desde la escuela a la universidad, que no hay aquí diferencias sustanciales. O, si las hay, tal vez sean en favor de quienes efectúan las tareas fundamentales de formación, en la escuela y en el instituto. No somos tan distintos. Al fin y al cabo, como me contaba don Ramón un día, y lo hacía sin pizca de ofensa ni amargura, ¿acaso una cierta aristocracia sevillana no solía expresar su desdén por los catedráticos de la universidad llamándolos «esos maestrillos de la fábrica de tabacos»? ¿Y qué otra cosa somos? Por ello nuestros problemas son muy semejantes y nuestros combates tienen mucho en común.

Lo descubrí, hace bastantes años, cuando el azar puso en mis manos un libro de aspecto humilde, pero rico en contenido, que muchos de ustedes conocerán, porque se escribió e imprimió en Palencia hace más de cincuenta años. Me refiero a *Mi primer libro de historia*, escrito por quien se titulaba, en la portada, «Profesor de historia de

la Escuela Normal de Palencia», Daniel González Linacero. Es éste un libro que puede incluirse, sin exageración ni forzamiento, en ese género de la «historia económica» de que don Ramón fue maestro, y me duele hoy no haberle hecho partícipe de este descubrimiento mío que, estoy seguro, le hubiera hecho feliz. Se hablaba en las páginas de este libro de la vivienda, el vestido, el trabajo, la cultura o las diversiones de los hombres, y se exponía su evolución a lo largo del tiempo con el fin de estimular al niño a que comparase por sí mismo. No había en él más que un sesgo; el de haber omitido todo lo que pudiese implicar división y enfrentamiento, para reforzar la idea central que se defendía en toda la obra: que el cimiento básico de las sociedades humanas eran la cooperación y la solidaridad o, para decirlo con las mismas palabras que allí se empleaban para explicarlo a los niños, que «la vida se asienta sobre esta cooperación y ayuda que nos prestamos mutuamente».

En sus primeras páginas figuraban unas reflexiones destinadas a los maestros, que comenzaban con un rechazo de la historia tradicional entretrejida con «fechas, sucesos, batallas y crímenes», una condena de una enseñanza que proponía al niño «un sentido falso del valor moral, individual y colectivo» —con argumentos que repetían, a sabiendas o no, lo que uno de los fundadores del pensamiento moderno, John Locke, había expresado doscientos cincuenta años antes en sus escritos sobre la educación— y la propuesta de un método que, por el contrario, sirviera para extraer, y repito aquí sus mismas palabras: «del evolucionar histórico aquellos sucesos de orden material y espiritual que de una manera indudable han contribuido a formar este mundo que nos rodea, sin olvidar que la historia no la han hecho los personajes, sino el pueblo todo, y principalmente el pueblo trabajador, humilde y sufrido que, solidario y altruista, ha ido empujando la vida hacia horizontes más nobles, más justos, más humanos». Añado, para acabar con mis citas de González Linacero, que éste era bien consciente de lo que significaba su libro, puesto que lo empezaba con estas palabras: «Tenemos la pretensión, al trazar las líneas que siguen, de llenar un evidente vacío en la enseñanza de la Historia en nuestro país».

¿Creen ustedes que exagero al hacer esta aproximación entre un investigador de la talla de don Ramón Carande y este otro educador palentino, por lo menos de adopción, autor de un modesto libro de enseñanza para la escuela primaria? Empezaré por decir que la he hecho a sabiendas de que don Ramón la hubiese aprobado. Y que habría sabido apreciar las muchas afinidades que existían entre ambos, no sólo en la ambición de enseñar a discurrir para conseguir una sociedad más justa y solidaria, sino hasta en sus concepciones sobre la historia. Porque quien no haya entendido que *Carlos V y sus banqueros* —el que es para mí, sin duda alguna, el mayor y mejor libro de historia (de historia así, sin más, y no sólo de «historia económica») que se haya escrito en este país desde Capmany para acá, a lo largo de dos siglos—, quien no haya entendido que ese libro es el más lúcido y penetrante intento de desmitificar los oropeles que se han ido acumulando sobre nuestra visión del imperio de los Austrias, mostrándonos la triste realidad de sus quiebras, para ayudarnos a evaluar el peso de los costes que hubieron de soportar los campesinos castellanos sobre sus hombros; quien no haya entendido esto, no ha comprendido nada de este libro admirable. Siempre me ha sorprendido que ese hecho pasase por alto y que en las bibliografías al uso se